

modernas de cismar en la casa propia. Sobre los mitos de Prometeo en los intelectuales, y de Tántalo, en la masa del pueblo, se repite en Extremadura, como suma de los dos estamentos, el clásico mito de Anteo: los extremeños sólo cogen fuerzas asiéndonos a la madre tierra, pero el astuto Hércules, conocedor de tal treta, nos arranca de la misma y decapita nuestras mejores empresas.

No hablo de otras propiedades de nuestro Ser Extremeño. Al curioso lector le sugiero lea con detenimiento la obra profunda de Pedro Caba, «Algunos rasgos del hombre extremeño», editada en Badajoz 1968 por la Institución de Servicios Culturales de su Diputación Provincial.

Quede como resumen de este mi cuatripartito ensayuelo el asentar que Extremadura se está gestando envuelta en la placenta de esa tierra parda chamiciana, que todo eso de los conquistadores, sin llegar a ser del todo un tabú—desgraciadamente para algunos autóctonos lo es y nos consta lo es ciertamente para la mayoría de los metecos—no es más que un preanuncio luminoso de lo que será Extremadura, un salto jubiloso, a lo Bautista, en el vientre de la tierra. Quede claro que nos afecta a los extremeños el dolor orteguiano de haber sido ya, sino los dolores de parto, al que tal vez se haya de ayudar con fórceps o cesárea.

Nuestra epopeya, la que estamos escribiendo actualmente, tiene más de Eneida que de Odisea. Partimos de tierra quemada, de una Troya destruida por ardidés impíos y la burla de nuestra natural inocencia. Habrá que caminar, por mares tenebrosos y desiertos infinitos, como Eneas: con el anciano Anquises o la tradición auestas, de la mano y adelante el tierno pimpollo Ascanio, el futuro mejor que nos espera. Pero no nos hagamos ilusiones que habrá que escribir con sudores y lágrimas el hexámetro del poeta: «*Tanta molis erat Extrema condere Dura*», eco del auténtico: «*Tanta molis erat romanam condere urbem*».

Sólo los que hayan trabajado por esta existencia de Extremadura, por el alumbramiento de su Ser y naciencia, podrán escuchar al morir las consoladoras estrofas del mismo vate mantuano, del piadoso Virgilio: «... *coelumque adspicit et dulces moriens reminicitur Argos*»: «Muere dulcemente contemplando el cielo, en él grabado el recuerdo de Extremadura».



L L A M A S D E C A P T A C I O N E S

Era tan viejecito que parecía que sus pantalones estaban vacíos.

La calva incipiente tiene unas dunas invisibles que, lentas e inexorables, van extendiendo el desierto par el mondado cuero cabelludo.

El relámpago es el látigo que azuza los carros de guerra de las nubes,

En la *revista* de la noche celeste, la Luna es la *vedette* y las estrellas, el coro de vicetiples.

También las cigüeñas emigran de Extremadura todos los años.

El valle es el molde de la montaña.

Eso de la «llama olímpica» no es otra cosa que una hornilla de butano mitificada.

Aquella regata de traineras, era como una competición de ciempiés acuáticos.

El que dijo aquello de que «el hombre es el rey de la creación» era un monárquico *inmovilista*.

El magnetófono es el espejo de la voz, con efecto retardado.